

La cultura en Bogotá:

orígenes y período colonial

Escribe: OSCAR ECHEVERRI MEJIA

— I —

Cuando se habla de la cultura colombiana hay que hablar necesariamente de Bogotá, la *Atenas de la América del Sur* —al decir de don Marcelino Menéndez y Pelayo—. La capital de Colombia es el meridiano de la cultura del país, no solo porque ha sido el centro del gobierno desde los días mismos de la conquista y la colonia, sino porque las empresas más grandes de la nación se han iniciado en ella.

En estas líneas, que no pretenden ser otra cosa que breve reseña, trataré de dar una ojeada —necesariamente incompleta— a la vida cultural, sobre todo literaria, de la ciudad que mereció tan comprometedor título del ilustre polígrafo español. Al hablar de los escritores que ha producido Bogotá me limitaré a citar únicamente los eminentes y los que en ella nacieron.

Quiero dejar constancia, antes de entrar en materia, de este hecho incontrovertible: los escritores y hombres públicos colombianos, no nacidos en Bogotá, han recibido de ella su vena humanística, su fuerza lírica, su ímpetu oratorio, su vocación filológica.

¿Quién podría negar, por ejemplo, que Caldas, Camilo Torres, Santander, José Joaquín Ortiz, José Eusebio Caro, Diego Fallon, Jorge Isaacs, Marco Fidel Suárez, Guillermo Valencia, Sanín Cano —para no mencionar sino unos pocos de nuestros grandes literatos nacidos en la provincia colombiana— son hijos legítimos del ambiente cultural de la Atenas de Sur América? Nombres tan disímiles y tan ilustres como los que acabo de citar, todos hechura espiritual de aquella, comprueban ampliamente su influjo a la vez paternal e ineludible, y el sello inconfundible que su ámbito —que maravilló a Jiménez de Quesada, su fundador espiritual y material— infunde a quienes tienen la fortuna de vivir y pensar bajo su cielo no siempre claro y luminoso, pero siempre propicio a la meditación y a la creación artística.

Don Juan Valera decía en una de sus célebres cartas: “Lejos de parecer Bogotá un rincón, se me figura que Bogotá va a ser el centro del mundo en lo venidero, cuando el canal interoceánico acabe de abrirse, y

sea en el seno de esa república donde se celebre el gran consorcio de la civilización, besándose y abrazándose dentro de la zona *que el sol enamorado circunscribe*, las ondas del Atlántico y del Pacífico". Y más adelante profetizaba: "Lo que a mí me encantaría más sería ver transplantada, en esa meseta de los Andes, con hondas raíces, lozana y llena de savia y de vida, la antigua civilización de la metrópoli; sería ver en Bogotá como un foco de luz propia, como su primer móvil de inteligencia castiza, que sin desechar, sino conociendo y estimando todo el moderno saber de los demás pueblos de Europa, imprime en cuanto hace el sello y el carácter de la raza española, con algo además de singular y exclusivo que la determina y distingue colombiana".

Si no se han cumplido cabalmente los deseos del autor de *Pepita Jiménez*, al menos Bogotá sí ha realizado —sobre todo en algunos campos de la cultura— una obra perdurable en el concierto de las naciones hispánicas. Y, sobre todo, de su gran prestigio en la época de las *Cartas americanas* (1888) habla muy claro el concepto en que tanto Valera como Menéndez y Pelayo tenían a la capital colombiana.

Lo que a Bogotá debemos los escritores de provincia se patentiza en este trozo de una carta que Jorge Isaacs escribió desde Chile a don Carlos Martínez Silva en 1872: "No me he olvidado de los buenos amigos que dejé en Bogotá; yo creía que así debían suponerlo, y usted me hizo mal al desengañarme. ¡Olvidarlos! Y, ¿qué he encontrado aquí que pueda sustituir tales afectos? ¿Qué hombre ha estrechado en esta tierra mi mano como usted, Caro, César, Carrasquilla, Samper, Vergara, Silva, Pombo y Quijano la estrechan?... ¡Olvidarlos! En Bogotá, *patria de mi alma*, ¿no fueron ustedes y ellos mi familia? ¿Qué era yo en 1864? ¿A quiénes debo mi posición actual? ¿A quiénes deberán mis hijos llevar un nombre menos oscuro ya?"

ORIGENES DE LA CULTURA BOGOTANA

La cultura literaria de Santa Fe de Bogotá es tan antigua como la conquista misma, dice Menéndez Pelayo, quien agrega que el primero de sus escritores es su fundador, "el dulce y humano cuanto rumboso y bizarro abogado cordobés Gonzalo Jiménez de Quesada".

Todos los historiadores y críticos literarios colombianos, por otra parte, están de acuerdo en este punto. Jiménez de Quesada no solo conquistó nuestra altiplanicie y plantó en ella la que sería más tarde capital del Nuevo Reino de Granada, de la Gran Colombia y de la República de Colombia, sino que le infundió su espíritu de letrado y de hombre de leyes.

De él dice el ilustre historiador santandereano Juan de Dios Arias que "ha sido considerado siempre como un símbolo de la predestinación nacional para las leyes y las letras". Y don Antonio Gómez Restrepo afirma que "los rasgos típicos de la figura de Quesada parecen haberse impreso en el carácter del pueblo de que fue conquistador, pues en Colombia ha sido muy frecuente el tipo de militar-civil, valiente hasta el heroísmo, cuando la ocasión lo requiere, pero nada propenso al caudillaje, y entre las notas distintivas de la índole nacional deben señalarse el espíritu religioso, que ha permanecido incólume en medio de las violentas

luchas de ideas, y la tendencia legalista, que ha mantenido al país en el carril constitucional”.

Don Gonzalo es, pues, el punto de arranque de la historia literaria y humanística de Colombia y de su capital. Trajo él a nuestra tierra la afición al estudio de las humanidades y el sentido del orden tan arraigado en ella a pesar de las periódicas convulsiones políticas que la han afectado a lo largo de su historia.

Si bien es cierto que el letrado granadino “ejerció” la poesía, no lo es menos que “no era ajeno del poético gusto y ejercicio”, como lo afirma Castellanos en sus *Elegías de varones ilustres de Indias*, cuando dice:

“...Jiménez de Quesada licenciado
que es el Adelantado deste reino
de quien puedo decir no ser ayuno
del poético gusto y ejercicio.
Y él porfió conmigo muchas veces
ser los metros antiguos castellanos
los propios y adaptados a su lengua,
por ser hijos nascidos de su vientre,
y estos advenedizos, adoptivos,
de diferente madre y extranjera...”

Y ¿no es acaso un gesto de poeta la manda testamentaria que instituyó para que se mantuviese una vasija de agua fresca en el ardiente campo de Tocaima, con el fin de aplacar la sed de los viandantes?

“Su verdadera afición eran las letras —dice Gómez Restrepo—; amaba la poesía, como la han amado los colombianos; y escribió numerosos libros que por sus solos títulos dan idea de la variedad de sus aptitudes”.

Si Jiménez de Quesada aportó a nuestro espíritu su propensión hacia el humanismo, las leyes y la historiografía, ante todo; otro español de nacimiento pero bogotano de corazón y de adopción, don Juan de Castellanos, nos legó el inveterado gusto por la poesía.

El autor de las *Elegías de varones ilustres de Indias*, no fue un gran poeta, es cierto, pero nos dejó uno de los más interesantes documentos literarios de nuestra era colonial. Su valor es más histórico que poético, pues “el motivo que lo movió a escribir era de índole más informativa que estética”, según dice don Juan de Dios Arias. El *cronista* opacó en Castellanos al poeta. “Su labor en verso es de las más monstruosas que recuerda la historia literaria, y revela una constancia en el trabajo tan inquebrantable como la que exhibían sus coterráneos en sus empresas de conquista”, afirma Gómez Restrepo.

PERIODO COLONIAL

No es nuestra literatura de la colonia rica en poesía. Después de Castellanos hay un largo silencio solo interrumpido —a los 70 años de su muerte— por la voz de la Madre Castillo, de muy limitada producción en verso.

En este desierto lírico solo se oye —con calidades que resisten el tiempo— el *Poema heroico de San Ignacio de Loyola*, del primer gran poeta santafereño, Hernando Domínguez Camargo.

Muy atacado ha sido el autor del *Poema heroico*, por largo tiempo condenado al olvido por sus conciudadanos. Para don Juan de Dios Arias su principal obra es solo “una larga serie de enigmáticas y enrevesadas octavas, tramadas de símiles rebuscados, alusiones difíciles y expresiones de mal gusto”. Según Gómez Restrepo, “cuando Domínguez Camargo hizo sus modestos ensayos reinaba en el mundo español el más desenfrenado *gongorismo*, natural consecuencia de la degeneración del ingenio nacional, y el poeta bogotano dio quince y raya a los más tenebrosos versificadores culteranos, pudiéndose colocar el *San Ignacio* en puesto cercano al *Macabeo* de Silveira”.

No obstante, Domínguez Camargo ha sido redescubierto en los últimos años, y mediante los estudios muy juiciosos que sobre él han hecho Gerardo Diego, en España, y Fernando Arbeláez, en Colombia, ha salido reivindicado. Dice el nombrado poeta español: “En Camargo puede valorarse con precisión la calidad y alteza del gusto, del óptimo gusto de Góngora”; y agrega más adelante que en su poesía “hay episodios sabrosos” y que penetrando en sus laberintos “nos hallamos en recodos de encanto y de poesía, cuando no de peregrina extrañeza”.

Solo hay otro poeta santafereño digno de mención en esta época: don Francisco Alvarez de Velasco y Zorrilla, cuya profesión de americanismo literario resalta Menéndez y Pelayo, quien lo califica de “versificador fácil y abundante, pero contagiado de todos los resabios del mal gusto de su tiempo, que los poetas *a lo divino* exageraban todavía más que los profanos”.

En cambio, en la colonia hay que mencionar a dos importantes historiadores santafereños: Lucas Fernández de Piedrahita (1624-1688) —padre de la historiografía colombiana— y fray Alonso de Zamora, autores —en su orden— de la *Historia general del Nuevo Reino de Granada* y de la *Historia de la provincia de San Antonio del Nuevo Reino de Granada*. Para Cejador, Piedrahita es uno de los mejores historiadores de América, y para Gómez Restrepo la *Historia* del padre Zamora es “libro muy apreciado, tanto por su rareza bibliográfica como por su fondo histórico y su grato y elegante estilo”.

Dos modalidades florecieron igualmente en la colonia, si bien en grado muy relativo, herencia directa de la España de la época: la *picaresca* y la *ascética*. Sus exponentes son: Juan Rodríguez Freile, y Juan Bautista de Toro, ambos nacidos en Santa Fe. El primero es autor del conocidísimo libro de crónicas *El carnero*, y el segundo de *El secular religioso*.

Rodríguez Freile es el precursor de la moderna crónica; su libro, de escaso valor literario, ha suministrado datos a algunos historiadores y, sobre todo, a los escritores costumbristas. Hay en *El carnero* mucho del *ingenio* cáustico que ha hecho famosa a Bogotá y que aún en nuestros días permanece intacto.

En cuanto al *Secular religioso*, del padre Toro, libro elogiado por Vergara y Vergara y por Caro, fue impreso en Madrid en 1722.